

## LA VIEJA FORTALEZA

Entre el vuelo de gaviotas y golondrinas, a través de la neblina matinal se vislumbra en lontananza la fortaleza de la Terra. Nace a diversas alturas salpicando el Benacantil, alternando muros milenarios muertos con joven vegetación verde y viva.

Enmarcada por el cielo azul del amanecer, en la primera hora, aún sin bandera ni color, aparece esbelta rematando la atalaya que domina el puerto.

Ya amanece, ya nace el castillo. El sol saliente desde el Mare Nostrum crea un día más las luces, las penumbras y los relieves que perfilan los muros medievales contra los que se estrellan las sombras de los pinos que la guarnecen.

Como en una composición musical, cambian las notas con la altura y el tiempo; de tonos verde oscuro a amarillo vivo pasando por el verde de los pinos recortado sobre el cielo, blanco degradado en el horizonte hasta azul marino en el cenit. Todos los tonos de gris, ocre y marrón en las murallas, cuyos contornos al aire se rematan con cenefas, donde alternan troneras y cañones que antaño lo hacían temible y hoy le dan arrogancia y belleza.

La vieja fortaleza preside y manda en nuestro pueblo. Se yergue majestuosa entre el puerto, las callejas y el arrabal. Dando la espalda al norte por donde se pierde la vista cada día al atardecer; cuando todo se hace rojo y el ascender de la bruma caliente destapa el Cabeçó, las Aigües y en el más allá la marina entera.

Esculpida como a golpe de bombo y trombón y con las vibraciones de bandas de música enteras, desde el medioevo hasta hoy, pasando por todas las roturas y fusiones de la vieja piel de toro que la sustenta, la fortaleza se va haciendo a sí misma. Se desmorona; viento y salitre la arañan durante décadas hasta redondear sus paredes, casi hasta hacerla desaparecer. Luego la arreglan, reconstruyen los sillares, argamasan paredes y muros, rellenan desniveles que amenazan ruina, horadan nuevos ventanucos a la manera antigua. Se restauran almenas y cañones cuyas cureñas hace siglos que faltan. Aquellas que calentaron algún cuerpo de guardia en invierno y ahora se componen de nuevo para soportar las viejas piezas de artillería en eterna posición de vigilancia hacia el levante de todas las españas, por si algún día el sol no quiere salir.

Marco incomparable de gestas militares, eventos políticos, manifestaciones culturales y de ocio. Currele de vigilantes que defienden sus pedruscos a punta de lanza antaño y de porra y pistola ahora. Ciudadela fantasma habitada por miles de felinos de todas las leches y razas, que ahuyentan roedores y musarañas, permitiéndonos cenar, beber y bailar al raso en las noches de estío a la luz de las estrellas. Hogar de gaviotas que mandan en su cielo y anidan en su ladera, aves custodias que guardan el silencio de los salones, pasadizos y calabozos que atraviesan sus entrañas. Donde ya no se manda ni se come, ni se llora ni se mata. Tan solo el aire limpio y húmedo de la mañana transita ventanas y respiraderos a través de las viejas rejas oxidadas cementadas a los muros.

Templo, también, de las artes plásticas; donde caballeros medievales, humanoides de otras galaxias y hasta el mismísimo Jesucristo con los suyos habitaron en silencio unos años.

Eterna vivienda del moro milenario que, con su seco rostro al sur y su verde manto a la espalda, impasible nos contempla desde la prehistoria. Riendo la chirigota del carnaval, devolviendo el eco de la traca, reflejando la luz de las hogueras y llorando las lágrimas de la bellea al final de la fiesta.

Que te sigan deshaciendo los tiempos y rehaciendo los hombres, gran atalaya de la Terra, pero que nadie te toque ni un pelo; y si algún día no te iluminara el sol y las gaviotas dejaran de rondarte, levántate, vuelve a brillar igual y sigue alegrando Alicante.

Jaime Colom Valiente  
Vistahermosa,  
17 de mayo de 2007